

La cena de los sentidos

Una joven de voz cálida me invitó a ponerme el negro antifaz, de su mano atravesé el salón y avancé con cuidado hasta colocarme en mi lugar. La oscuridad lo envolvía todo, yo tenía un gusanillo nervioso en la boca del estómago y, ya en mi sitio, empecé a mover las manos con cuidado para saber qué me rodeaba. Cuando noté la tela suave del mantel y de la servilleta y el frescor porcelánico de un plato, me pareció tenerlo todo bajo control. En ese momento, una mano dirigió la mía hacia una copa de vino y, sin embargo, no tuve sensación alguna de que alguien invadía mi espacio vital. El silencio era total cuando de pronto se oyó una voz serena que dijo: “Bienvenidos a la cena de los sentidos, si no tenéis algo bonito que decir, por favor escuchad los sonidos del silencio”. Eso hice, me dejé llevar por las emociones y empezó el espectáculo, un juego, un divertimento, que a veces sentí y otras presentí.

Mi mano cogió un cuenco y cuando lo llevé a mi boca, noté la frescura de un aroma no por conocido menos exquisito

Me dejé llevar por las sensaciones y empezó un espectáculo, un juego que a veces sentí y otras presentí

Sueños, susurros, pasos casi imperceptibles y cambios de tercio marcaban el paso del tiempo durante la cena

Aromas olvidados

Cuando empezó la cena, todos mis sentidos se pusieron en alerta, mi experiencia me decía que esa cena iba a ser mucho más que comer. Algo que, en esa situación, no parecía sencillo, pero lo fue. Algo que, a priori, podía generar desconfianza, y no lo hizo. En total oscuridad, confié y me dejé llevar. Todo fue fácil y placentero. Y de esta manera, la comida, el silencio, los sentimientos y la música me llevaron por un camino de recuerdos sensoriales olvidados desde hacía mucho tiempo.

Mi mano cogió un cuenco sin que mis ojos lo vieran y cuando lo llevé hacia mí noté la frescura de un aroma, no por conocido menos exquisito. Alguien se acercó a mi oído y me dijo muy bajito lo que era. Cuando recibí el mensaje yo ya estaba probando aquel primer plato frío, no lo veía, sólo lo sentía, y fue precisamente mi olfato el que me transportó a algún lugar lejano en el espacio y en el tiempo. Llegué hasta campos de fresas, vi grandes frutereros repletos de verduras y frutas frescas y rememoré veranos olvidados hace mucho tiempo.

Y sin embargo, lo más sorprendente estaba por llegar, porque cuando aquel plato frío, sencillo y exquisito llegó a mi boca, la sensación todavía fue mejor. Era un sabor redondo y equilibrado, una explosión larga con destellos de fruta roja y helados de hielo que se desvaneció sólo cuando me acerqué la copa de vino y bebí de ella. Sin embargo, en ese momento, al catar ese vino blanco, seco y sabroso, todo empezó de nuevo.

Ese sólo fue el primer plato de una serie de siete exquisitos y primarios manjares, todos los que componían la cena de los sentidos. Así fue el principio, una sensación mágica que duró toda la velada y que inmediatamente supe era sólo mía, aunque el salón estuviera abarrotado de agente.

Abre la boca

La música era suave a veces y estridente otras. Las voces tenían timbres diferentes, pero melodiosos. Y todo junto me ayudaba a continuar mi viaje interior por el mundo de las sensaciones. Sueños, susurros, pasos casi imperceptibles y sorprendentes cambios de tercio marcaban el paso del tiempo durante la cena.

De nuevo un susurro. Otra voz, esta vez más grave pero igual de cálida que la primera, me pidió que abriera la boca. Obedecí y un estallido de sabor me sobrecogió, al tiempo que alguien cantaba suavemente. El contraste de la voz y el sabor de la vianda fue natural, completamente natural, y al mismo tiempo sobrecogedor. Mastiqué lentamente, a oscuras, miré en mi interior y de nuevo mi mente viajó a otro momento de mi vida. Entonces, un recuerdo lejano y nítido me nubló la mente.

La música continuaba sonando y yo la oía lejana. Unas veces, las voces que contaban historias y otras mi propia mente me aislaba y me dejaba sola en mi viaje interior.

Usar las manos

En algún momento, no se el porqué, me parecía ser la única comensal en todo el salón. Algo raro si se tiene en cuenta que todos entramos juntos y por la misma puerta. Supongo que fue porque no veía a nadie, llevaba mucho rato viéndome sólo a mi misma.

Tanteé mi plato con el tenedor pero no supe lo que había dentro y en ese momento, de nuevo, me susurraron al oído el nombre del plato. No lo pensé y lo cogí con las manos. Al tocarlo reconocí inmediatamente la textura y la forma. Me habían dicho de lo que se trataba, aunque no hacía falta, nada más tocarlo supe lo que era. Es curioso que en unos pocos minutos desarrollara aquella capacidad sensorial.

Agudicé el oído intentando saber cuando me iban a servir el siguiente plato pero no lo conseguí y fue otro susurro el que marcó el comienzo de ese bocado que llegó a mi por sorpresa desde la negra oscuridad. Era mar, olía a mar, sabía a mar y lo más curioso, hasta pensé que incluso oía las olas del Mediterráneo.

De nuevo el relax y de nuevo el mar, aunque esta vez en el plato. Para comer me ayudaba de mis cubiertos y con cuidado intentaba coger cada trozo con el tenedor. Y lo más sorprendente es que lo conseguía sin dificultad, aunque no lo viera. Una y otra vez lo hacía, me resultaba fácil porque era fácil. No me hacía falta ver, sólo sentir.

Otra vez voces y otra vez música, otra vez mar y otra vez tierra. Las voces se mezclaban con fragancias y músicas de chocolate, con espliego y romero, con el intenso aroma del vino envejecido en barrica, con la esencia del último plato del menú. Quizá el más fácil de reconocer y también fácil de comer. De vuelta a usar cuchillo y tenedor y, sin verlas, a disfrutar de las viandas.

Y el postre explota

Un vaso pequeño y estrecho llegó a mi mano, bebí y el dulce sabor del postre se apoderó de mi boca, de mis recuerdos y disfruté como un niño. Otro dulce, ligero y suave, completó el menú, un caramelo que chispaba en la boca antes de tragarlo y que iba en concordancia con la melodía que se oía tras las dulces palabras de unos versos que alguien recitaba.

La cena de los sentidos duró poco más de dos horas. Todo acabó y aunque en mi mente estaba todo claro como un día de primavera, cuando llegué a casa no fui capaz de explicarla. Aún hoy en día, algún tiempo después de aquella experiencia no tengo palabras para relatarla y de verdad que lo he intentado. Cuando pienso en ella, la recuerdo unas veces como magia, otras como sentimiento, también la he descrito como un sueño y como algo único. No lo sé, tiene algo de todo eso. Aunque lo que sí tengo

claro es que esa cena, la de los sentidos, la que no entra por los ojos, no puedo no debo contarla, hay que vivirla.

ESTO ES UN DESPIECE APARTE

La empresa

La cena de los sentidos es un evento gastronómico creado por Javier Serrano para el regocijo del espíritu. Está organizada por la empresa Casitodoslossentidos y su único cometido es conseguir la emoción de los participantes al restarles el sentido de la vista, ya que así consiguen potenciar el olfato, el sabor, el oído y el tacto.

Paco Pardo escribe en la web de Casitodoslossentidos que este evento no se trata de una cena a ciegas, es mucho más. Es un encuentro con artistas más que hosteleros, menos restauradores que bohemios, más personas que gente y más química que física, que durante la cena se encargan ser nuestros ojos, sueños, manos, alas y pellizco en el recuerdo, el corazón y el estómago. Con todo eso, si no sientes es porque no sientes.

www.casitodoslossentidos.com